

—Cuanto más aceite de colza se emplea, más reluce el piso—dijo sentenciosamente Lantier, con la boca llena de pastillas.

Virginia, repantigada con aire de princesa y entornados los ojos, seguía vigilando el fregado y soltando observaciones:

—Un poco más á la derecha... Ahora mucho cuidado con el entarimado... El último sábado no quedé satisfecha... Las manchas permanecieron sin lavar...

Y ambos á dos, el sombrerero y la tendera, se acomodaron mejor todavía en sus asientos como sobre un trono, mientras que Gervasia se arrastraba á sus pies, entre el negro fango. Virginia debía gozar mucho, pues sus ojos de gata dejaron brillar por un momento amarillas chispas, y miró á Lantier, sonriendo ligeramente. ¡Al fin aquello la vengaba de la antigua azotaina del lavadero, cuyo recuerdo había conservado siempre sobre la conciencia!

Entre tanto, cada vez que Gervasia cesaba de fregar, salía de la trastienda el ruido de una sierrecita. A través de la puerta abierta se veía, destacándose sobre la pálida claridad del patio, el perfil de Poisson, que aquel día estaba libre de servicio y aprovechaba sus ocios para consagrarse á su afición á hacer cajitas. Estaba sentado delante de una mesa y con extraordinario cuidado cortaba arabescos en la madera de una caja de cigarros.

—¡Oid, Badinguel!—gritó Lantier, que había vuelto á darle este apodo en prueba de amistad;—reclamo esa caja para regalarla á una señorita.

Virginia le pellizcó; pero el sombrerero, galantemente y sin dejar de sonreír, le devolvió bien por mal, haciéndole un mimito á lo largo de la rodilla, por debajo del mostrador; y retiró su mano con la mayor naturalidad cuando el marido levantó la cabeza, mostrando su perilla y sus bigotes rojos, erizados en su terrosa faz.

—Precisamente—dijo el municipal,—trabajaba para vos, Augusto, á fin de ofrecerlos un recuerdo de amistad.

—¡Ah! ¡demonche! ¡siendo así, conservaré vuestra cajita!—repuso Lantier riendo;—y me la colgaré con

una cinta al cuello.

Después, repentinamente y como si esta idea despertase otra en su imaginación:

—¡A propósito!—exclamó,—¡anoche encontré á Naná!

De golpe, la emoción de esta noticia sentó á Gervasia en medio del charco de agua sucia que llenaba la tienda. Y se quedó, sudorosa, sofocada y con el cepillo en la mano.

—¡Ah!—murmuró sencillamente.

—Sí; bajaba yo por la calle des Martyrs, mirando á una muchacha que se contoneaba del brazo de un viejo, delante, y me dije: Ese culo no me es desconocido... Entonces apreté el paso y me encontré de manos á boca con mi querida Naná... ¡No hay que tenerle lástima, pues parece muy dichosa; llevaba un bonito vestido de lana, una cruz de oro en el cuello, y por remate, un aire picaresco!

—¡Ah!—repitió Gervasia con más sorna.

Lantier, que había dado fin á las pastillas, tomó un caramelo de otro bocal.

—¡Pero tiene un vicio esa niña!—continuó.—Figúraos que me hizo seña de que la siguiera, con un aplomo colosal. Después, se llevó á su viejo no sé dónde, á un café tal vez... ¡Oh! ¡estupendo, piramidal, el tal vejete!... Y luego vino Naná á buscarme á un portal... ¡una verdadera culebrilla! ¡bonita, coleando y lamiéndole á uno, como una perrilla!... Sí; me besó y me preguntó por todos... Me alegró mucho verla...

—¡Ah!—dijo Gervasia por tercera vez.

Y permanecía inmóvil, esperando saber si á su hija no se le había ocurrido ni una sola palabra para su madre. En medio de aquel silencio se oía de nuevo la sierrecita de Poisson. Lantier, alegre, chupaba rápidamente su caramelo, produciendo con los labios un silbido particular.

—¡Pues bien! yo, si la viese, pasaría á la otra acera—exclamó Virginia, que acababa de pellizcar otra vez el sombrerero con mano feroz.—Sí; vergüenza me daría que una de esas zorras me saludase delante de la gente... No lo digo porque estéis delante, señora Coupeau; pero vuestra hija es una verdadera golfa. Poisson



recoge todos los días por la calle algunas que valen más.

Gervasia no decía nada, ni se movía, fijas sus miradas en el vacío. Acabó por menear lentamente la cabeza como para responder á sus propios pensamientos, mientras que el sombrerero, con su aspecto goloso, murmuraba:

—De esa clase de golfas no falta quien se daría muy á gusto una indigestión... Es tierna como un pollo...

Pero la tenderá le miró con aspecto tan furibundo, que hubo de callarse y aplacarla con una caricia. Acechando al municipal, observó que tenía la cabeza inclinada sobre su tarea y aprovechó la ocasión para pasar su caramelo á la boca de Virginia. Esta, entonces, sonrióse complacida. Y después hizo recaer su cólera contra la fregona:

—¡Ea! ¡daos prisa! Poco adelantará la faena si os estáis ahí como un mojón. ¡Vaya! ¡moveos! ¡que no tengo ganas de patear en el agua hasta la noche!

Y añadió en voz baja, con maligna intención:

—¡Acaso tengo yo la culpa de que su hija haga de puta!

Gervasia no la oyó, sin duda. Se había puesto á restregar el suelo, doblada por el espinazo, aplastada contra el suelo y arrastrándose con movimientos de rana entumecida. Con ambas manos crispadas sobre la madera del cepillo, empujaba delante de ella una ola negra, cuyas salpicaduras la manchaban de fango hasta los cabellos. No le faltaba ya sino enjugar, después de haber barrido las aguas sucias al arroyo.

Entretanto y al cabo de un silencio, Lantier, que se aburría, dijo en alta voz:

—¿Sabéis, Badingue, que ayer ví á vuestro amo en la calle de Rivoli? ¡Qué cascado está! ¡no dura ni seis meses! ¡qué demonche! ¡con la vida que lleva!

Hablaba del emperador. Y el municipal respondió secamente, sin alzar los ojos:

—Si fueseis vos gobierno, no estaríais tan gordo.

—¡Oh! querido mío, si yo fuese gobierno—repuso el sombrerero afectando una brusca gravedad, las cosas irían algo mejor, os lo juro... Por ejemplo, su

política exterior debe hacerle sudar, desde algún tiempo acá. Yo, por mi parte, si conociese algún periodista, para inspirarle mis ideas...

Animábase, y como había concluido de mascar su caramelo, abrió un cajón y cogió unos cuantos pedacitos de pasta de malvavisco, que empezó á mascar, gesticulando al mismo tiempo:

—Es muy sencillo... Ante todo, reconstituiría la Polonia, estableciendo un gran estado escandinavo que mantendría en respeto al gigante del Norte... Después formaría una república con todos los pequeños estados alemanes. En cuanto á Inglaterra, no da mucho que temer; si se moviese, enviaría cien mil hombres á la India... Añadid á eso que, con el báculo al hombro, volvería á plantar al Gran turco en la Meca y al Papa á Jerusalem... ¿Qué tal? Así la Europa se vería pronto limpia. ¡Mirad, Badingue! ¡mirad un momento!

Y se interrumpió para coger un puñado de cinco ó seis pedazos de pasta de malvavisco:

—¡Pues bien! ¡tanto tiempo emplearía yo en hacerlo, como necesito para tragarme esto!

E iba echando, uno tras de otro, en su boca abierta, los pedazos de pasta.

—El emperador tiene otro plan—dijo el municipal al cabo de dos minutos largos de reflexión.

—¡Quítad allá!—repuso violentamente el sombrerero.—¡Ya se conoce su plan! La Europa se burla de nosotros... ¡Cada día los lacayos de las Tullerías recogen á vuestro amo de debajo de la mesa entre dos marranas de alto rango!

Poisson se puso en pie, y adelantándose con la mano sobre el pecho, dijo:

—Me ofendéis, Augusto. Discutid sin entrar en personalidades.

Virginia entonces intervino, rogándoles que la desjasen en paz. A la Europa se la pasaba por el trasero. ¿Cómo era posible que dos hombres, que todo lo demás lo compartían, hubiesen de querellarse continuamente sobre política? Ambos á dos mascullaron, por un momento, frases sordas. Después, el municipal, para demostrar que no le guardaba el más mínimo rencor, trajo la tapadera de la cajita que acababa de terminar,



sobre la cual se leía en letras embutidas: «A Augusto, recuerdo de amistad.» Lantier, muy hueco, se volvió y se tendió de tal modo que casi estaba encima de Virginia. Y el marido contemplaba aquello, con su rostro de tapia vieja, en el cual sus turbios ojos ninguna expresión tenían; pero los pelos rojos de su bigote movíanse por sí solos, de vez en cuando y de un modo tan significativo, que hubiera podido inquietar á un hombre menos seguro de su posición que el sombrerero.

Este animal de Lantier tenía esa tranquila imprudencia que tanto agradaba á las mujeres. Viendo que Poisson volvía la espalda, se le ocurrió la chusca idea de dar un beso sobre el ojo izquierdo á la señora Poisson. Ordinariamente, observaba una prudencia socarrona; pero, cuando acababa de disputar de política lo arriesgaba todo con objeto de quedar triunfante sobre la mujer. Aquellas caricias golosas, robadas descaradamente á espaldas del municipal, le vengaban del Imperio. Sin embargo, á la sazón olvidó la presencia de Gervasia.

Esta acababa de secar y enjugar la tienda y permanecía en pie cerca del mostrador esperando que le diesen sus treinta sueldos. Aquel beso en el ojo la dejó muy tranquila, como cosa natural, en la que no había de meterse. Virginia pareció algo confusa y arrojó los treinta sueldos sobre el mostrador, delante de Gervasia; mas ésta no se movía, como si esperase todavía algo, derrengada aún por el fregado, mojada y fea como un perro al salir de una alcantarilla.

—¿Conque no os dijo nada?—preguntó por fin al sombrerero.

—¿Quién?—exclamó éste.—¡Ah! ¡sí, Naná!... ¡No! ¡ni una palabra más! ¡La brivona tiene una boca! ¡un verdadero cestillo de fresas!

Y Gervasia se marchó con sus treinta sueldos en la mano. Sus chancas descalcañadas escupían mugre, pareciendo verdaderos zapatos de música que tocaban una sonata, dejando sobre la acera las mojadas huellas de sus anchas suelas.

En el barrio, las borrachas como ella referían que bebía para consolarse de la voltereta de su hija. Ella

misma, cuando echaba al colete su vaso de aguardiente junto al mostrador, adoptaba un aspecto dramático y se colaba el líquido en el estómago, deseando reventar con él. Y los días que volvía á casa, hecha una cuba, tartamudeaba que lo hacía para matar sus penas. Pero las gentes honradas encogíanse de hombros; conocido tenían ese sistema de achacar á las penas los excesos de la «pimienta de taberna»; en todo caso, aquello debía llamarse «penas embotelladas». No cabía duda de que, en un principio, no había digerido la fuga de Naná.

La poca honradez que le quedaba, se rebelaba en ella; además, generalmente, á ninguna madre le agrada que su hija, precisamente en aquel momento, se esté haciendo tutear por el primer advenedizo.

Pero estaba ya demasiado embrutecida, enferma su cabeza y chafado su corazón, para conservar largo tiempo esta vergüenza. En ella, estas cosas entraban y salían luego. Pasaba muy fácilmente ocho días sin acordarse de su rapaza; y de repente le asaltaba un sentimiento de ternura ó de cólera, á veces en ayunas y otras con la barriga llena, un furioso deseo de agarrar á Naná en cierto sitio, donde tal vez la hubiera besado, ó tal vez la hubiera molido á golpes, según el impulso de aquel momento. Concluía por no tener una idea clara de la honradez. Sólo que Naná era suya ¿verdad? pues cuando se tiene una propiedad á nadie le agrada verla evaporarse.

Entonces, cuando le asaltaban estas ideas, andaba Gervasia mirando por las calles con ojos de gendarme. ¡Ah! ¡si hubiese encontrado á su cochina hija, con qué ganas no se la habría llevado á casa! Aquel año estaban transformando el barrio. Abrían el bulevar Margenta y el bulevar Ornano, derribando la antigua barrera Poissonnieres y cruzando el bulevar exterior. Aquello estaba desconocido. Todo un lado de la calle des Poissonnieres yacía por el suelo.

Desde la calle de la Goutte d'Or veíase un gran claro, dotado ampliamente de sol y de aire libre; y en lugar de las casuchas que antes tapaban la vista por aquel lado, levantábase sobre el bulevar Ornano un verdadero monumento, una casa de seis pisos, esculpida como



una iglesia y cuyas ventanas claras ornadas de bordados cortinajes, anunciaban la riqueza. Aquella casa, completamente blanca, situada precisamente en frente de la calle, parecía iluminarla con una ráfaga de luz; y hasta servía diariamente de tema de disputas entre Lantier y Poisson.

El sombrerero era inagotable tratándose de las demoliciones de París; acusaba al emperador de que por todas partes ponía palacios para arrojar á los obreros á provincias; y el municipal, pálido por una fría cólera, contestaba que, muy al contrario, el emperador se preocupaba preferentemente de los obreros y que á ser preciso arrasaría París, con el solo objeto de proporcionarles trabajo. Gertrudis, por su parte, mostrábase fastidiada por aquellos embellecimientos que le destruían el negro rincón del arrabal á que se había acostumbrado. Su aburrimiento nacía, precisamente, de que el barrio se adornaba en el momento mismo en que ella tocaba al fin de su ruina.

A nadie le gusta, cuando se halla en el fango, recibir de plano un rayo de sol en la cabeza. Así, pues, los días en que andaba buscando á Naná, rabiaba al verse obligada á saltar por entre los materiales, á chapotear á lo largo de las aceras en construcción y á tropezar contra las empalizadas. La hermosa edificación del bulevar Ornano la sacaba de sus casillas. Edificios semejantes eran para putas como Naná.

Entre tanto, había recibido varias veces noticias de la chica. Nunca faltan almas caritativas que se apresuran á dar las malas nuevas. Sí; habíanle contado que su hija acababa de dar pasaporte á su viejo, acción propia de muchachas sin experiencia. Estaba perfectamente en casa de aquel viejo, mimada, adorada y hasta libre, si hubiese sabido arreglarse. Pero la juventud es necia. Probablemente se había largado con algún lindo mozo, pero no se sabía con exactitud. Lo que sí parecía cierto era que, una tarde, en la plaza de la Bastilla, le pidió á su viejo tres sueldos para evacuar una urgente necesidad y que el viejo todavía la estaba esperando. Entre las gentes de alto rango se llama á esto: mear á la inglesa. Otras personas juraban haberla visto después, bailando un «chahut» en el

«Grand Salón de la Folie», calle de la Chapelle. Y desde entonces ocurriósele á Gervasia la idea de frecuentar los bailes públicos del barrio. No pasaba por la puerta de un baile, sin entrar en él. Coupeau la acompañaba. Al principio limitábase á dar una vuelta por los salones, contemplando á las arrastradas que por allí se zarandeaban. Después, una noche que tenían dinero, se sentaron y bebieron una ponchera de vino á la francesa para refrescar y esperar á ver si iría Naná. Al cabo de un mes, sin preocuparse ya de la rapaza, concurrían á los bailes por su gusto, divirtiéndoles en extremo ver bailar. Por espacio de horas enteras, sin despegar los labios, permanecían de codos sobre la mesa, atontados en medio de la trepidación del suelo, gozando en seguir con sus ojos pálidos las contorsiones de aquellas zorras de arrabal, en medio de la sofocación y de la rojiza claridad de la sala.

Precisamente, una noche de noviembre, entraron en el «Grand Salón de la Folie» para calentarse. En la calle, un helado vientecillo cortaba las caras de los transeuntes. Pero la sala estaba repleta. Había allí un bullicio endemoniado, gente en todas las mesas, gente en el centro y gente en el aire; un verdadero almacén de salchichero; sí, los aficionados á los «callos al estilo de Caen» (1), podían regalarse. Después de haber dado un par de vueltas sin encontrar donde sentarse, tomaron la resolución de permanecer en pie, esperando á que algunos se levantaran y dejasen sitio. Coupeau se columpiaba sobre sus pies, con su blusa sucia y su vieja gorra de paño sin visera, echada atrás. Y mientras así obstruía el paso, vió que un jovencillo delgado se limpiaba la manga del gabán, después de haberle dado un codazo.

—¡Oiga usted!—gritó furioso, sacando su pipa de su negra boca;—¿no sabía usted decir que le dispensasen?... ¡Y todavía parece que le da asco que uno lleve blusa!

El jovencillo se volvió, mirando de arriba abajo al plomero, el cual continuaba:

—¡Sabe tú, don Nadie, que la blusa es el traje más

(1) Alusión á los pechos blandos y voluminosos. (N. del T.)



digno, ¡sí! el uniforme del trabajo!... ¡Ya te limpiaré yo, si quieres, con un par de cachetes!... ¡Habrás visto maricones semejantes... insultar al obrero!

Gervasia procuraba, en vano, calmarle. El se exhibía en sus harapos y golpeaba sobre su blusa gritando:

—¡Aquí, aquí dentro hay un pecho de hombre!

Entonces el jovencillo desapareció entre la muchedumbre, murmurando:

—¡Valiente bruto!

Coupeau quería alcanzarle. ¡Dejarse insultar él por un gabán! ¡tal vez aquél no estaba pagado siquiera! ¡un disfraz de lance para conquistar á una mujer sin soltar un céntimo! Si volvía á dar con él, le obligaría á ponerse de rodillas y saludar á la blusa. Pero las aperturas eran demasiado grandes y no se podía dar un paso. Gervasia y él, llevados como quien dice por el oleaje de la gente, iban dando lentas vueltas alrededor de los que bailaban; una triple fila de curiosos se agolpaban, con los rostros encendidos, cuando algún danzante se lucía ó cuando alguna señora levantando la pierna lo enseñaba todo; y como los dos eran bajos, empuñaban sobre las puntas de los pies, para ver algo, aunque no fuese más que los moños y los sombreros que saltaban. La orquesta, compuesta de instrumentos de cobre cascados ya, tocaba furiosamente un rigodón, una tempestad que hacía retremblar la sala, en tanto que los danzantes, golpeando con los pies, levantaban una nube de polvo que enturbiaba los reflejos de las luces de gas. El calor era intolerable.

—¡Mira!—exclamó de repente Gervasia.

—¿Qué hay?

—¡Aquél sombrero de terciopelo, allá abajo!

Empinaronse más mirando á la izquierda hacia un viejo sombrero de terciopelo negro, en el que se balanceaban dos estropeadas plumas; un verdadero plumero de coche fúnebre. Pero no alcanzaban á ver más que el dichoso sombrero, danzando un «chahut» de mil demonios, haciendo cabriolas, remolinos, hundiéndose y saltando. Perdíanlo de vista un momento por entre aquella rabiosa baráunda de cabezas y lo volvían á encontrar, columpiándose por encima de los otros, con un descaro tan gracioso, que las personas que estaban

cerca de ellos se enardecían con sólo ver bailar aquel sombrero, sin saber lo que debajo se ocultaba.

—¿Y qué?—preguntó Coupeau.

—¿No conoces aquel moño?—murmuró Gervasia, medio ahogada.—¡Que me corten la cabeza si no es ella!

De un empujón, separó el plomero la muchedumbre. ¡Rayos de Dios! ¡Sí; era Naná! ¡Y qué lindo traje! No tenía sobre el trasero más que un viejo vestido de seda, todo manchado de arrastrarse por las mesas de los cafetines y cuyos volantes descosidos caían por todos lados. Además, iba á cuerpo, sin un pedazo de chal en los hombros, mostrando el corpiño desnudo con los ojales destrozados. ¡Y pensar que esta arrastrada había tenido un viejo que por ella se desvivía, y, sin embargo, le había abandonado para degradarse de tal modo, sin duda con algún chulo que quizás la zurraría! A pesar de ello, manteníase fresca y apetitosa, desmelenada como un perrito de aguas y mostrando su boquita de rosa, debajo de su estupendo y ruin sombrero.

—¡Espera, voy á hacerla bailar!—repuso Coupeau.

Naná, como es natural, nada sospechaba. Zarandeábase, que no había más que ver. Y allá iban meneos de trasero á izquierda y á derecha, cortesías que la doblaban por el espinazo, puntapiés dirigidos al rostro de su pareja, como si la moza hubiese de rajarse por la mitad, formábase un círculo, la aplaudían; y lanzada ya, recogía sus faldas, remangándolas hasta las rodillas, agitada por el movimiento de «chahut», azotada y girando semejante á una peonza, inclinándose hacia el suelo en arranques que la aplastaban y volviendo luego á ejecutar una dancita modesta, con un balanceo de caderas y de pecho, de un «chic» despampanante. Era cosa de cogerla, llevársela á un rincón y comérsela á caricias.

Entre tanto Coupeau, cayendo como una bomba en mitad de la pastorela, y deshaciendo la figura; no sin gran encono de los mirones:

—¡Os digo que es mi hija!—gritaba;—¡dejadme pasar!

Precisamente Naná andaba hacia atrás, barriendo el suelo con sus faldas, arqueando el trasero y dando



pequeñas sacudidas, para que el meneío tuviese más gracia. En el mismo instante recibió un soberbio puntapié, exactamente en buen sitio; enderezóse y se puso pálida al reconocer á su padre y á su madre. ¡Qué mala sombra!

—¡A la calle!—gritaban los bailadores.

Pero Coupeau, que acababa de reconocer en la pareja de su hija al jovencillo delgado del gabán, no hacía caso de nadie.

—¡Sí, somos nosotros!—vociferaba.—¡Qué tal! ¿no nos esperabas?... ¡Ah! por fin te encontramos aquí, y con un boquirrubio que me acaba de faltar al respeto!

Gervasia, apretando los dientes, le empujó diciendo:

—¡Cállate!... ¡No son menester tantas explicaciones!

Y adelantándose le dió á Naná un par de bofetadas que ni de encargo. La primera le ladeó el sombrero de plumas y la segunda dejó una huella roja en su mejilla blanca como la nieve. Naná, estupefacta, las recibió sin llorar, sin rebelarse. Y la orquesta continuaba y la gente enojada repetía violentamente:

—¡A la calle! ¡a la calle!

—¡Ea, echa á andar!—repuso Gervasia;—¡vé adelante, y no intentes escaparte, porque te hago dormir en la cárcel!

El jovencillo delgado se había escurrido prudentemente.

Entonces Naná echó á andar delante, muy tiesa, aturdida todavía por su mala sombra. Si acaso detenía un momento el paso, como pareciendo resistirse, un pescozón recibido por la espalda la hacía caminar en derechura á la puerta. Y así salieron los tres, en medio de las befas y de las rechiflas de los concurrentes, en tanto que la orquesta daba fin á la pastorela, con tal estrépito, que parecía que los trombones escupiesen balas.

La antigua vida empezó de nuevo. Naná, después de haber dormido doce horas en su antiguo gabinete, mostróse muy amable durante una semana.

Se había apanado un modesto vestido y llevaba un gorrito cuyas cintas ataba debajo de su moño. Hasta, poseída de un buen arranque, declaró que quería trabajar en casa; una podía ganar en casa cuanto quería

sin tener que escuchar las indecencias del taller; buscó trabajo, se instaló junto á una mesa con sus herramientas, levantándose á las cinco de la mañana, los primeros días, para arrollar sus rabos de violetas. Pero cuando hubo entregado algunas gruesas se despejó ante la labor, atacadas sus manos de calambres, pues había perdido la costumbre de hacer rabos y se ahogaba en aquel encierro después de haber vivido tan al aire libre durante seis meses. Entonces el puchero de cola se secó, los pétalos y el papel verde se mancharon de grasa, y el maestro tuvo que acudir tres veces en persona, promoviendo altercados y reclamando sus perdidos materiales. Naná arrastraba aquella vida, embolsando siempre pescozones de su padre y agarrándose con su madre día y noche, reyertas en que las dos se lanzaban á la cara las mayores abominaciones.

Aquello no podía durar: á los doce días la moza se largó, llevándose por todo equipaje su modesto vestido puesto y su gorrito en la cabeza. Los Lorilleux, á quienes la vuelta y el arrepentimiento de la chica habían contrariado, estuvieron á pique de tenderse patas arriba; revolcándose de risa. ¡Segunda representación, eclipse número dos; señoritas para «Saint Lázare» (1), al coche! ¡No, aquello era demasiado cómico! ¡tenía tal «chic» Naná en eso de tomar soleta! ¡ah! ¡si los Coupeau querían guardarla en lo sucesivo, no tendrían más remedio que comérsela ó meterla en una jaula.

Los Coupeau, delante de la gente, fingían estar muy tranquilos. En el fondo rabiaban. Pero como la cólera sólo dura poco tiempo, no tardaron en saber con la mayor indiferencia que Naná «hacía señores» por el barrio. Gervasia, que la acusaba de que obraba así para deshonrarles, se sobreponía á las hablillas, diciendo que aun cuando tropezase por la calle con la muy bribona, ni siquiera se ensuciaría la mano dándole un bofetón; sí, aquello había concluido, y si un día la encontraba muriéndose en cueros sobre el arroyo, pasaría de largo; sin decir que aquel «camello» había salido de sus entrañas.

(1) Cárcel de mujeres.



Naná animaba todos los bailes de los alrededores. Conocíala desde la «Reine Blanche» hasta el «Grand Salón de la Folie». Cuando entraba en el «Elysée Montmartre», los concurrentes se subían á las mesas para verla bailar, en la pastorela el «pasito del cangrejo». Como ya por dos veces la habían expulsado del «Chateau Rouge», solía pasar por delante de la puerta, esperando á alguno de sus conocidos. La «Boule Noire», en el bulevar y el «Grad Turc», calle des Poissonnieres, eran salones distinguidos, á los que sólo concurría cuando tenía la ropa limpia. Pero de todos los bailes del barrio prefería el «Bal de l'Ermitage», que estaba en un húmedo patio y el «Bal Robert», del callejón sin salida de Cadran, dos infectos saloncitos alumbrados por media docena de quinqués, regentados con tal «sans façon», que los concurrentes, caballeros y damas, podían besarse, abrazarse, sin que nadie les molestara. Y Naná tenía sus altas y sus bajas, verdaderas mutaciones de magia, ora equipada como una mujer «chic» y ora barriendo el lodo como una fregona. ¡Ahl! ¡qué vida la suya!

Muchas veces los Coupeau creyeron ver á su hija en sitios no muy limpios; pero volvían las espaldas y se largaban á otro punto para no verse obligados á reconocerla. Ya no estaban de humor para que todo el público de un baile se mofase de ellos por querer llevarse consigo á semejante golfa. Empero, una noche, á cosa de las diez, y cuando se iban á la cama, oyeron golpes en la puerta.

Era Naná que, con la mayor tranquilidad del mundo venía á pedir sitio para acostarse; y en qué estado; ¡Dios misericordioso! con la cabeza descubierta, un vestido hecho girones, botinas descalcañadas, traje á propósito para que la recogiese la policía y la condujese al depósito. Como era natural, recibió una paliza; después, se abalanzó vorazmente sobre un mendrugo de pan seco y se durmió, derrengada, con el último bocado entre los dientes. Entonces continuó del mismo modo esta vida. Cuando la chica se veía algo arregladilla de ropa, se evaporaba de la noche á la mañana ¡como si no te viera, ni conociera! el pájaro había volado.

Transcurrieron semanas y meses y ya la creían perdida, cuando reaparecía de repente, sin decir nunca de dónde venía, á veces tan sucia, que ni con tenazas se la podía coger y arañado todo su cuerpo de arriba abajo; otras, bien vestida, pero tan lánguida y extenuada por la mala vida, que ni podía tenerse en pie. Sus padres acabaron por acostumbrarse. Las palizas de nada servían. Hasta llegaron á patearla, sin lograr impedir que la chica tomase su casa por una posada, donde la dejaban dormir una vez á la semana. Sabía que su cama le costaba una paliza; echaba sus cuentas y se presentaba á recibir la paliza, si con ello salía gananciosa. Al fin y al cabo, también cansa el pegar. Los Coupeau acabaron por transigir con las correrías de Naná. Que volviese ó que no volviese, con tal de que no dejase abierta la puerta, bastaba. ¡Dios mío! la costumbre gasta la honradez, como cualquier otra cosa.

Una sola circunstancia sacaba á Gervasia de sus casillas, y era ver llegar á su hija con vestidos de cola y sombrero adornado de plumas. No; aquel lujo no lo podía tragar. Que Naná putease, si quería, enhorabuena; pero que, á lo menos, cuando iba á casa de su madre, se vistiese como una obrera debe vestirse. Los vestidos de cola ponían en conmoción á toda la casa; los Lorilleux se mofaban; Lantier, muy excitado, daba vueltas alrededor de la chica, para aspirar su buen olor; los Boche habían prohibido á Paulina que alternase con aquella ramera adornada de oropeles.

Y Gervasia se enfadaba también de los sueños pesados de Naná, cuando después de una de sus escapatorias dormía hasta el medio día, despechugada, con el moño deshecho y lleno todavía de horquillas y tan pálida, y con una respiración tan corta, que parecía una difunta. La sacudía cinco ó seis veces durante la mañana, amenazándola con echarle un puchero de agua en la barriga. Aquella hermosa muchacha holgazana, medio desnuda, llena de vicio, durmiendo de aquel modo, el amor de que sus carnes parecían repletas, sin casi poderse despertar, la exasperaba. Naná abría



un ojo, lo volvía á cerrar y se extendía más y mejor.

Un día que Gervasia le censuraba duramente aquella vida y le preguntaba si alternaba con los pantalones rojos (1), pues venía cascada en tal extremo, llevó á cabo su amenaza salpicándole el cuerpo con su mojada mano. La chica, furiosa, se envolvió en la sábana, gritando:

—¡Basta ya! ¿lo oyes? ¡mamá! Valdrá más que no hablemos de hombres. Tú has hecho lo que has querido y yo hago lo que se me antoja.

—¿Cómo? ¿cómo?—tartamudeó la madre.

—Sí, nunca te he hablado de estas cosas, porque no me importaba; pero tú no te reprimías mucho; á menudo te he visto abajo, pasearte en camisa cuando papá roncaba... Esto ya á ti no te agrada, pero agrada á los demás. ¡Déjame en paz! ¡más valía que no me hubieras dado el ejemplo!

Gervasia se quedó pálida, con las manos temblorosas, dando vueltas á uno y otro lado, sin saber lo igual.— 68

que hacía, mientras Naná, tendida boca abajo y apretando la almohada entre sus brazos, se sumía de nuevo en la modorra de su sueño de plomo.

Coupeau gruñía, sin ocurrírsele ya la idea de largarle unos cuantos pescozones; perdía la chaveta completamente. Y en verdad, no podía tachársele de padre inmoral, pues la bebida le quitaba la conciencia del mal y del bien.

Ahora, ya se sabía, estaba borracho durante seis meses, recaía en sus ataques y volvía á «Sainte Anne»; ¡nada! ¡una excursión campestre! Los Lorilleux decían que el señor duque de «Retuerce-Tripas» se trasladaba á sus posesiones. A las pocas semanas, salía del manicomio, restaurado, claveteado de nuevo y de nuevo empezaba á demolerse, hasta el día en que una nueva recaída exigía una nueva restauración. En el espacio de tres años, entró de aquel modo siete veces en «Sainte Anne». El barrio decía que le tenían reservada su celda. Mas lo peor del caso era que aquel terco borrachón se cascaba cada vez más, por manera que,

(1) Con los soldados.

de recaída en recaída, podía preverse la cabriola final; el último crujido de aquel tonel enfermo, cuyos aros iban estallando uno tras otro.

A la vez, cada día se ponía más feo; ¡parecía un desenterrado! El veneno le minaba rudamente. Su cuerpo, saturado de alcohol, se encogía como los fetos conservados en los laboratorios, y tan delgado estaba que, cuando se ponía delante de una ventana, se veía la luz á través de sus costillas. Hundidas las mejillas, asquerosos los ojos, destilando cera suficiente para abastecer una catedral, sólo conservaba floreciente su nariz, hermosa y encarnada, semejante á un clavel, en mitad de su devastada faz. Los que sabían la edad que tenía, cuarenta años cumplidos, experimentaban un escalofrío al verle pasar encorvado, vacilante, viejo, como las calles.

Y el temblor de sus manos aumentaba; y sobre todo la derecha titilaba de tal modo, que algunos días veía-se obligado á coger el vaso con ambos puños para llevarlo á su boca. ¡Oh! ¡aquel endemoniado temblor era lo único que le impacientaba en medio de su embrutecimiento general! Oíasele gruñir injurias feroces contra sus manos. Otras veces se le veía, durante horas enteras, contemplando su bailoteo, mirándolas saltar como ranas, sin chistar, ni enfadarse, como si buscara qué mecanismo interior podía obligarlas á jugar de tal suerte; y una noche Gervasia le encontró de aquel modo y vió que por sus tostadas mejillas de borracho corrían dos gruesas lágrimas.

El último verano, durante el cual Naná arrastró hasta casa de sus padres los restos de sus noches, fué extraordinariamente malo para Coupeau. Su voz cambió por completo, como si el aguardiente hubiese puesto una música nueva en su garganta.

Quedó sordo de un oído. Después, en pocos días debilitóse su vista hasta tal extremo, que le era preciso agarrarse á la barandilla de la escalera para no bajarla rodando; en cuanto á su salud, «descansaba», como suele decirse. Sufrió dolores de cabeza abominables, vértigos que le hacían ver las estrellas. De repente acometíanle dolores agudos en los brazos y en las piernas; padecía, se veía obligado á sentarse



en una silla alelado; hasta, una vez, después de una de estas crisis, le quedó paralizado un brazo durante un día entero. Muchas veces tuvo que guardar cama; y apolotonábase, ocultándose debajo de la sábana, con el respirar fuerte y continuo de un animal enfermo. Entonces empezaban de nuevo las extravagancias de «Sainte Anne». Desconfiado, inquieto, torturado por una ardiente calentura, revolcábase en locos furores, destrozaba su blusa y mordía los muebles con su convulsa mandíbula; ó bien quedaba sumido en un gran enternecimiento, exhalando quejas de niña, sollozando y lamentándose de que nadie le amase. Una noche, Gervasia y Naná, que regresaban juntas, no le encontraron en su cama. En su lugar había acostado el almohadón. Y cuando le apercibieron, oculto entre la cama y la pared, le castañeteaban los dientes y decía que unos hombres iban á venir para asesinarle. Las dos mujeres hubieron de volverle á acostar, tranquilizándole como si fuera un niño.

Coupeau no conocía más que un remedio; echarse al colete su cuartillo de aguardiente, «el bastonazo en lo interior del estómago», como decía él, lo cual le permitía erguirse. Cada mañana curaba así su pituita. La memoria se había largado desde hacía largo tiempo, su cerebro estaba vacío; y apenas se veía en pie; mófábase de la enfermedad, diciendo que nunca había estado malo. Sí; había llegado al extremo de esos enfermos que, aun cuando se estén muriendo, dicen que están buenos. También disparataba sobre todo lo demás. Cuando Naná volvía, después de un paseito de seis semanas, se le figuraba que venía de hacer un recado en el barrio. A menudo, yendo Naná colgada del brazo de algún señor, encontraba á su padre y se le reía en las barbas, sin que su padre la reconociese. Para ella su padre ya no entraba en cuenta, y hasta se hubiera sentado sobre él, si no hubiese encontrado silla.

Al caer las primeras heladas, se afuyó Naná otra vez más, bajo el pretexto de ir á casa de la frutera á ver si tenía peras cocidas. Olfateaba el invierno y no quería pasarlo castañeteándole los dientes delante de la apagada estufa. Los Coupeau la calificaron sencilla-

mente de haragana, mientras esperaban las peras; sin duda confiaban que volvería, pues el invierno anterior, había empleado tres semanas para ir á buscar dos sueldos de tabaco. Pero transcurrieron los meses y la chica no parecía. Aquella vez debía haber emprendido un buen galope. Llegó junio y tampoco volvió con el sol. Decididamente, era inútil esperarla más; sin duda había encontrado pan tierno en alguna parte. Los Coupeau, un día de apuro, vendieron la cama de hierro de la moza por seis francos redondos, que se bebieron en Saint-Ouen. Aquella cama les estorbaba.

En julio, una mañana, llamó Virginia á Gervasia al pasar y le suplicó que fregase la vajilla, porque el día anterior Lantier había convidado á dos amigos á comer. Y mientras Gervasia fregaba los platos, unos platos llenos de grasa del banquete del sombrerero, éste, que todavía estaba haciendo la digestión en la tienda, exclamó de repente:

—¿No sabéis, madre de familia, que el otro día ví á Naná?

Virginia, sentada en el mostrador con aspecto receloso, enfrente de los bOCALES y de los cajones que se vaciaban, movió furiosamente la cabeza. Retenia su lengua para no hablar demasiado, porque aquello acababa por tenerla aturdida. Lantier veía muy á menudo á Naná. ¡Oh! no hubiera puesto ella sus manos en el fuego, pues el tunante era capaz de todo, cuando unas faldas se le metían en la cabeza. La señora Lerat, que acababa de entrar y que estaba en muy buenas relaciones á la sazón con Virginia, cuyas confidencias recibía, hizo una mueca llena de segunda intención, preguntando:

—¿En qué sentido la visteis?

—¡Oh! En el buen sentido—respondió el sombrerero, muy satisfecho, riendo y retorciéndose el bigote.—Iba en coche; yo chapoteaba en el arroyo... Os lo juro de veras... No hay que despreciarla, y los pollos que la tutean de cerca son enormemente dichosos.

Su mirada se había animado. Volvióse hacia Gervasia que estaba en pie, en el fondo de la tienda, enjugando un plato:

—Sí; iba en coche, y con un traje «¡chic!»... Yo no



la conocía, pues parecía una señora de alto rango, con sus blancos dientes y su palmito fresco como un ramillete... Ella fué la que me envió una sonrisa con su guante... ¡Creo que ha pescado un vizconde! ¡Oh! ¡ya está lanzada, y bien lanzada! (1) ¡Puede reirse de todos nosotros! ¡es afortunada como ella sola, esa mocosa!... ¡gatita adorable! ¡oh! ¡no podéis formaros una idea de semejante gatita!

Gervasia continuaba enjugando su plato, á pesar de que estaba limpio y reluciente, desde hacía gran rato. Virginia reflexionaba, atormentada por dos pagarés que no sabía cómo satisfacer al día siguiente, mientras que Lantier, gordo y famoso, sudando el azúcar de que se nutría, llenaba con su entusiasmo por los tiernos palmitos bien vestidos, la tienda de confitería fina, cuyas tres cuartas partes se habían comido, y donde empezaba á sentirse cierto olor de ruina. Si; ya no quedaban más que algunas almendras que roer y algunos caramelos que chupar para dar el traste con el comercio de los Poisson. De repente, divisó en la acera de enfrente al municipal, que estaba de servicio y que pasaba abotonado y con la espada azotando su pierna. Aquello le puso más alegre todavía. Y obligó á Virginia á mirar á su marido.

—¡Ah!—murmuró—¡buena testuz tiene esta mañana Badingue!... ¡Atención! ¡aprieta demasiado las nalgas! ¡sin duda se ha hecho poner un ojo de cristal en el culo para sorprender á las gentes!

Cuando Gervasia subió á su habitación, encontró á Coupeau sentado en el borde de la cama y sumido en el alelamiento de una de sus crisis. Estaba mirando al suelo, con sus apagados ojos. Entonces sentóse ella también en una silla, con los miembros quebrantados y las manos caídas á lo largo de su sucia falda. Y, por espacio de un cuarto de hora, permaneció enfrente de él, sin desplegar los labios.

—He tenido noticias—murmuró al fin.—Han visto á tu hija... ¡Sí, tu hija es muy «chic» y ya no necesita

(1) *Lanciar á una mujer*: Exhibir y presentar á una mujer en el mundo de la alta galantería, lanzarla en el camino de la fortuna, hacerla de moda. (N. del T. tomada de *Biquad*).

de tí!... ¡esa sí que es dichosa!... ¡Ah!... ¡Dios de Dios!... ¡cuánto no daría yo por estar en su lugar!

Coupeau seguía mirando al suelo. Después levantó su devastada faz y, con sonrisa de idiota, tartamudeó: —Pues bien, cierva mía, no te detengas... Todavía puedes pasar, cuando te lavas... Y ya sabes el refrán de que «siempre hay un roto para un descosido...» ¡Demonche! ¡si eso pudiese «proporcionarnos manteca para las espinacas!» (1).

(1) *Mejorar la situación, procurar un aumento de bienestar.* (Sabido es que las espinacas son enemigas mortales de la manteca.) (N. del T., tomada de *Larchery*.)